

«Los pensamientos corrompidos apartan de Dios. La sabiduría no entrará en un alma maligna; no habitará en un cuerpo sujeto al pecado». <sup>(1)</sup>

Por el contrario, la sexta bienaventuranza promete á los corazones puros el don de entender <sup>(2)</sup> y de penetrar los misterios de Dios. <sup>(3)</sup>

Un corazón puro ve mejor que el entendimiento más perspicaz, llega más pronto al cabo que una inteligencia viva y laboriosa, y alcanza sin trabajo lo que paraliza casi á todo saber.

Pedro corrió al sepulcro del Salvador, llevado en alas del arrepentimiento del amor. Pero San Juan llegó antes que él. Los demás discípulos no conocían al que caminaba sobre las olas. Pero San Juan dijo al punto viéndole: «¡Es el Señor!» <sup>(4)</sup> Quizá sus dotes intelectuales no llegaban á las de San Pablo; pero aquella pureza, merced á la cual había tenido la dicha de descansar sobre el corazón virginal del Salvador, y el honor de reemplazarle cerca de la Virgen María, hízole acercarse al Salvador más que los demás apóstoles. En el manantial de su divino Corazón, bebió esas enseñanzas sublimes que nos dejó escritas, y ese vuelo que le hizo remontarse como un águila hasta las gradas del trono de Dios. <sup>(5)</sup>

La perspicacia intelectual de Santo Tomás de Aquino fué igualmente el resultado de aquella lucha sublime que le valió el verse libre durante su vida entera de los movimientos de la concupiscencia. <sup>(6)</sup>

Esto aplícase igualmente á la vida moral y espiritual.

La castidad es, para los individuos como para los pueblos, la piedra de toque de su fuerza moral. Una gran lucha en pro de la castidad es con frecuencia la causa de una

(1) Sap., I, 3, 4.

(2) Augustin., *Sermo Dom. in monte*, 1, 4, 11. Thomas, 2, 2, q. 8, a. 7. Rainer. a Pisis, *V. dona*, c. 7.

(3) Matth., V, 8.

(4) Ioan., XXI, 7.

(5) Hieron., *Is.*, 56, 3. Beda, *In Ioan.*, 1, 1.

(6) Thoco, *Vita S. Thom. Aq.*, 2, 11.

orientación definitiva hacia el bien ó hacia el mal. Si la castidad triunfa, tenemos el reino de la fe, del amor de Dios; si sucumbe, tenemos la victoria de la incredulidad.

Y lo que se dice de la fe, dícese de las demás virtudes. Violentas tentaciones contra la pureza son quizá, en la mayor parte de los hombres, el momento que decide si Dios logrará sus designios con un alma, si ésta encontrará la muerte ó la vida durante la eternidad.

No hay almas más fuertes que las almas castas; no las hay más gozosas en ofrecer sacrificios; no hay almas más desinteresadas que las que han adquirido en esa guerra interior la solidez de «el espíritu de fortaleza». <sup>(1)</sup> Pues éste, como es perfectamente natural, presta sublimes sentimientos, y mueve á practicar acciones extraordinarias.

¡Cuán cobardes y ciegas son, pues, esas personas, que no se cansan de repetir que no se les ocurriría siquiera decir una palabra contra la virginidad, si no se sintiesen apremiadas en su alma y su conciencia por razones más poderosas, es decir, por razones de utilidad general! Debilita y paraliza las más hermosas fuerzas, dicen. Á consecuencia de una piedad mal entendida, lleva á los que la profesan, á retirarse en sí mismos como ermitaños, y á consumirse en luchas en las cuales la naturaleza desconocida véngase de esfuerzos hechos para conseguir espiritualizarla.

En verdad, hay ahí por parte de la prudencia de la carne un razonamiento que no carece de habilidad. Pero, como en todos los atrevimientos, asoma la punta de la oreja. Los que así se explican hablan de la *naturaleza*; mas, en sus labios, esa palabra significa siempre la *carne*. Pretextan fines más elevados para ocultar los fines más bajos. Quisieran hacer despreciable, como si fuera una debilidad, la virtud de quien temen su energía extraordinaria.

Tal es el verdadero sentido de ese procedimiento. Pero si el espíritu que anima á nuestras vírgenes es espíritu de debilidad, si el estado de virginidad es un gasto de fuerzas inútil, ¿porqué no se las deja acabarse en el fondo de

(1) Psalm., L, 14.

los claustros y en los hospitales? ¿Porqué se expulsa sin piedad á las Hermanas de la Caridad? ¿No es más fácil dejarlas vivir y morir en medio de su inutilidad?

Pero tienen razón. Sábese muy bien que hay ahí una fuerza inagotable de desinterés, de caridad y de sacrificio, fuerza con la cual el mundo jamás podrá rivalizar, y, al propio tiempo, una fecundidad que, si no se la estorba, hará germinar en el mundo entero riquísima cosecha. Esa fuerza es la castidad ante todo quien la da. Sí, no cabe dudarle, el árbol tan vigoroso que, hace siglos, suministra innumerables servidoras de los pobres, de los desgraciados, de los enfermos, de los niños, de los leprosos, faltaría hoy mismo, si se llegase á retirarle la savia que le alimenta, y de la cual proceden todos sus frutos, á saber, la vida virginal.

Por otra parte, ¿de dónde tomarían esas heroínas de la caridad su fuerza, sino de esa virtud?

Luego, si conocéis algo que sea más útil y más provechoso para el mundo, algo que sea más beneficioso á la humanidad, decídnoslo. Mas, entre tanto, afirmaremos que la más desinteresada de todas las virtudes es la virginidad, y que si se hiciese un concurso de esfuerzos, ella es quien se llevaría el primer premio.

Retirad á esas religiosas cuanto os plazca, y bien pronto no le suprimiréis más que la vida; en seguida entablad lucha con ellas, armados con todos los medios de que podáis disponer, y seréis por ellas vencidos. Mientras posean el tesoro de la castidad, sucumbiréis ante ellas. Mientras los sacerdotes guarden incólume ese bien, ningún poder de la tierra les arrebatará su influencia sobre las almas. He ahí todo el misterio.

¡No! La castidad no es una debilidad, sino una fuerza de la inteligencia y de la voluntad. <sup>(1)</sup> Ella es quien constituye el gran poder de la Iglesia Católica. Porque mantiene ella la virginidad en su seno, el mundo le pertenece.

(1) Ambros., *Vid.*, 13, 85. Hieron., *Is.*, 56, 3.

Los abogados de la carne agítanse como si, aparte del estado de matrimonio, no se diera otro estado en el mundo. Pues su horizonte no va más allá de los muros de su casa. En esa baja hipótesis, el celibato no es un estado á su juicio, y un hombre sin familia es como un hombre sin condición social.

¡Qué estrechez de espíritu! Nosotros no despreciamos en verdad á nadie de aquellos que limitan su vocación á su hogar. El hogar y la familia son lo que conviene á la generalidad de los hombres. ¡Puedan ser tan sólo siempre y por doquiera lo que debieran ser!

Pero hay además algo más elevado y más grande. La casa es estrecha y el mundo vasto. Hermosa es la vida en la familia. La vida en la sociedad lo es más. La más hermosa de todas es la vida para la tierra y para el cielo, para la tierra y para la eternidad al propio tiempo.

Apreciamos como se merece la vocación por la familia; pero todavía apreciamos más la vocación por todo el mundo. Que la mayor parte de los hombres funden una familia, nada mejor. Pero es muy necesario que haya también personas que sirvan al mundo, y esto es todavía preferible. Si es un honor el ser útil, en la propia condición, á reducido círculo de personas, es todavía honor más grande el renunciar á la vida de familia, y escoger una condición en la cual se pueda ser útil á la humanidad entera, y eso en aquello en que le sea de mayor necesidad para esta vida y para la eternidad.

Pues bien, obra de esa manera, quien da á su prójimo ejemplo de sacrificio y de fuerza moral, y que siempre está dispuesto á tender mano salvadora á todas las miserias temporales y espirituales, aun á costa de la mayor abnegación personal. Y precisamente para poder obrar así, por eso escogió el estado de vida continente.

Y no se equivocó. Aquí verificase igualmente la promesa del Salvador, que aquel que lo deje todo por Él, recibirá ciento por uno y tendrá la vida eterna. <sup>(1)</sup> Necesario

(1) Matth., XIX, 29.

es ser Goncourt para pretender que jamás ninguna virgen hizo obra alguna grande. ¡Como si el mundo entero no viviese de las obras y de las acciones de las vírgenes! No hay campo de batalla que no hayan honrado con su heroísmo, ni mar que no hayan cruzado, ni miseria que no hayan socorrido.

**10. La castidad es la escuela en donde se forma el hombre completo; eleva la personalidad humana.**— La castidad acrece la energía interior y la actividad exterior. Necesario sería estar ciego, si se pretendiese negar que sus frutos elevan la personalidad interior y exteriormente.

Es estado difícil; nadie se forja ilusiones respecto á eso. Pero desdeñarla porque á veces impone grandes luchas, fuera dar pobre idea de sí. No se hacen cargos á quien se queda calentándose en casa, mientras los defensores de la patria vierten su sangre por él, expuestos á todas las inclemencias del tiempo. Pero si los acusase por no arrojar las armas, y por no hacer traición al honor y á la patria, para poder también ellos calentarse agradablemente, sería ciertamente objeto del general desprecio.

Pues bien, ¿hace otra cosa quien censura á los que luchan por el más grande honor, por la más esplendorosa belleza, por la verdadera libertad humana, por la pureza? <sup>(1)</sup> ¿Á qué grado de cobardía descendería la humanidad, si sólo hubiera personas amantes de la suave atmósfera de un aposento bien calentado!

Mas, por fortuna, el Espíritu de Dios es todavía bastante poderoso sobre los corazones, para que la raza de sus héroes no se extinga. En donde tiemblan los cobardes, el corazón del valiente goza. Abstracción hecha de la gracia del Espíritu Santo, son precisamente esas luchas quienes dan al alma su fuerza. <sup>(2)</sup> Lo que las pasiones son para el alma, las borrascas de la sensualidad lo son para la fuerza moral, es decir, una piedra que adelgazar, escuela

(1) Aldhelm. Schirnbur., *Laud. virginis.*, c. 28.

(2) Cassian, *Coll.*, 12, 5.

de guerra, ejercicio constante, sin los cuales el hombre perdería muy pronto todo su vigor, y jamás sabría de qué fuerza es capaz cooperando fielmente á la gracia, con prudencia y humildad.

De esta manera hállase ya indicado el segundo fin puramente humano, que todos esos asaltos y combates de la vida espiritual deben llenar juntamente con el fin de glorificar á Dios. Hacen al hombre vigilante y fuerte. Hácenlo aguerrido y flexible.

Hemos visto ya <sup>(1)</sup> antes de ahora que el Cristianismo había dado al hombre un carácter enteramente nuevo, que había suavizado su dureza y templado su debilidad. No es dado imaginarse el carácter verdaderamente cristiano, sino como vigoroso y suave. Un vino añejo es su más viva imagen.

Pues bien, la mejor escuela para formar el carácter, es la práctica de la castidad. <sup>(2)</sup> Nada fortalece ni suaviza al hombre en igual medida como esta virtud. Compréndese porqué nuestro Redentor prestó tanta atención durante su vida. Por una parte, es la encarnación de la oposición con el viejo Adán, y de la oposición al espíritu del mundo. Por otra, quien practique de manera perfecta esa virtud, según el ejemplo de Jesucristo, acértese á la transfiguración de los hijos de Dios, en cuanto es posible en esta patria de pecado y de miserias.

Por esa razón la propiedad esencial de esa virtud consiste en asentar al hombre tan sólidamente, y en ponerle tan alto, que, por lo menos, en lo que le concierne, no necesite que otro le complete.

Perdonamos á quienes no conocen al hombre nuevo creado según Jesucristo, si no aciertan á representárselo de otro modo que teniendo necesidad de completarse por otro, que colme sus lagunas, fortifique sus lados débiles,

(1) Vol. II, Conf. 16.

(2) Con esto se combate la aserción de que la Iglesia ha instituido el celibato, porque considera á la personalidad como nula y sin valor; de que solamente el todo, el sexo, tiene valor para ella. Así Steffensen, *Zur Philosophie der Geschichte*, 321.

suavice sus lados ásperos. Comprendemos que no se atrevan á atribuir, particularmente á la mujer, bastante independencia y autonomía, para considerarla capaz de llenar por sí misma y por sí sola, un fin en el mundo. Ese complemento personal, debió desde luego realizarlo el Cristianismo. Pues bien, lógralo con su flor más bella, la castidad, sobre todo la virginidad.

En ella está encerrado el don de poder bastarse á sí misma, la verdadera autonomía é independencia, la liberación de lo que quebranta al hombre más recio, la elevación sobre todo lo bueno, la vida espiritual é interior, la transfiguración de la existencia, y, ante todo, la conciencia de que cada individuo, hombre ó mujer, hasta el niño, tiene su valor personal en sí, su fin completo para sí. Pero sin duda alguna, sólo aquellos que saben respetarlo son capaces de apreciar eso.

Lo más importante es que produce ese complemento y esa nivelación sin los cuales no es posible hombre completo. Un semihombre jamás puede ser independiente, ni prescindir de los demás. Si la virginidad aventaja á las demás virtudes haciendo que el hombre se baste á sí propio, demuestra que tiene mejor que las demás la gloria de formar hombres completos.

Efectivamente, la castidad intacta es la virtud del hombre completo. Para conservarla, debe obrar todo de concierto y en muy estrecha unión: lo interior y lo exterior, el cuerpo y el alma, la voluntad y la inteligencia, el corazón y la imaginación, el sentimiento y todos los sentidos corporales. Únicamente de la actividad común de todas las potencias humanas brota esa difícil virtud. Es ciertamente un fin elevado para el hombre, á la vez que el honor más grande y el más bello ornamento que pueda tener una mujer.

Así se comprende que no haya virtud más expuesta á la presunción. Nada, pues, debe sorprendernos el que los Padres y maestros en la vida espiritual crean que no se da peligro contra el cual haya mayor necesidad de poner

en guardia las almas virginales, que contra el orgullo. Y se ve que conocen perfectamente la naturaleza de la castidad, cuando dicen: «La humildad y la castidad deben mirarse como dos hermanas gemelas que no pueden vivir una sin la otra». (1)

Sin humildad, toda pureza nada vale; es como nula. (2) Aun allí en donde no aparece dañada por algún placer sensual, el orgullo es su muerte. (3) Únicamente la humildad es su defensa, (4) su única seguridad, (5) la fortaleza en donde se oculta esa virtud tan expuesta y tan frágil. (6)

Precisamente para impedir que el alma abandone ese refugio, en otros términos, para mantenerla en la humildad, Dios envíale tantas tentaciones, no por dureza y como castigo, sino por caritativa prudencia y sabia misericordia.

Sin embargo, eso no debe exagerarse. Imaginanse muchos que las luchas contra la carne son tormento que sin descanso persigue á quienes guardan continencia. De ninguna manera. Las personas castas no hacen su misión más difícil desde tal punto de vista. Al contrario. Si en ocasiones sufren violentos asaltos, las que han elegido otra vida súfrenlos mayores y más frecuentes, por no decir continuos. (7) Y en tanto que las primeras acaban por triunfar, si permanecen fieles á su vocación, el tiempo de prueba no cesa para las segundas, aun no haciéndose más duro.

Por otra parte, no es rigurosamente necesario que esas tentaciones se desencadenen en el corazón de las almas puras. Si viven sinceramente en la humildad, Dios no necesita emplear con ellas ese medio de humillación y de

(1) Petr. Bles., *Sermo* 35.

(2) Bernard., *Div. serm.*, 46. Isidor. Pelus., *Ep.*, 1, 286. Fulgent., *Ad Probam ep.*, 3, 2. Gregor. Magn., *Mor.*, 21, 6.

(3) Gregor. Magn., *Mor.*, 26, 28, 29.

(4) Augustin., *Bon. coning.*, 26, 35.

(5) Augustin., *Sancta virginit.*, 31, 33.

(6) *Ibid.*, 51, 54.

(7) I Cor., VII, 28.

purificación. Que eviten tan sólo con gran prudencia, con vigilancia y modestia, cuanto excite la sensualidad, ociosos ensueños, frecuentación del mundo, buena mesa, miramientos, relaciones peligrosas. Que hagan implacablemente violencia á sus ojos, á su palacio, á sus comodidades, á su pereza, entonces, ni aun sospecharán esas luchas tan temidas. No es enteramente necesario que su vida sea dilatada cadena de tentaciones. Tampoco es necesario que se acobarden en seguida cuando éstas surgen. Igualmente, no deben imaginarse que les es imposible andar su camino sin ellas.

Los que se quejan por eso, ordinariamente son los primeros culpables. Si velasen con más prudencia sobre sus sentidos y sus pensamientos; si se entregasen á mortificaciones más severas, y si su lámpara se hallase constantemente llena con el aceite de la caridad y de la oración, tendrían entonces verdaderamente mucho menos que sufrir de esas tentaciones.

No es dado gustar la dulzura de la vida continente sin el espíritu de mortificación y de oración. Sin esas dos alas, la castidad no hace más que arrastrarse. Quéjase uno entonces de haber hecho por Dios grandísimo sacrificio sin hallar reciprocidad por su parte; duélese uno de haberse preparado formidables asaltos. Pues bien, hágase únicamente ese sacrificio á Dios, en el sentido completo de la frase, y bien pronto se verá si no lo paga centuplicadamente.

No se ven almas más alegres en el mundo que esas almas virginales siempre frescas, siempre ávidas de sacrificios y de actividad, y cuyo único pensamiento consiste en agradar más cada día, por medio de la oración y mediante una abnegación sin reserva á Aquél á quien se dieron. <sup>(1)</sup> Quieren cumplir por entero la palabra mediante la cual han desposado con él sus almas:

«A Él es á quien prometí ser fiel, mientras viva yo en

(1) I Cor., VII, 34. II Tim., II, 4.

la tierra. No habrá para mí hombre ni mujer; mi alma y mi cuerpo pertenécenle». <sup>(1)</sup>

**11. María, modelo de pureza.**—Si, pues, alguna virtud puede prescindir de nuestra defensa y de nuestras alabanzas, es ciertamente aquella en la cual la gracia divina venció tan gloriosamente la debilidad de la naturaleza, y transfiguró en una belleza tan encantadora la debilidad de la carne. Si alguna virtud se recomienda por sí misma, es ciertamente la virtud de la castidad, desde el momento en que se ofrece á la humanidad en un modelo perfecto.

Gracias á Dios, podríamos ofrecer millares y millares de esos modelos entre los cristianos. Mas, por grande que sea su atractivo, palidecen todos, sin embargo, ante el brillo, la belleza y la perfección de un solo modelo, que es la Madre virginal del Salvador.

«Si alguien quiere ver lo que sea la pureza del corazón,—dice San Ambrosio, su gran defensor,—vaya á la escuela de María, la más ilustre maestra, modelo vivo de toda santidad. Fué virgen en su cuerpo y en su alma. Jamás la falsedad y el disimulo entraron en su corazón. Era humilde de corazón, prudente y moderada en palabras, celosa en el estudio de la Sagrada Escritura. Velando cuidadosamente cada uno de sus movimientos, llena de moderación en cada una de sus acciones, jamás se inquietaba por los juicios humanos, sino únicamente por la manera con que Dios juzgaba su interior. No hacer mal á nadie, ser bondadosa con todos, respetuosa con sus padres, no causar daño al prójimo, evitar toda presunción, guiarse por la razón, amar la virtud, he ahí lo que hacía. ¿Habría jamás lastimado á sus padres sólo por la actitud de su fisonomía? ¿Habríase podido hallar nunca en oposición con su prójimo? ¿Habríase negado á socorrer al débil? No.

»Nada sombrío en su mirada, nada libre en sus palabras, nada inmodesto en su conducta. Su porte no dejaba ver afán alguno en adornarse: su gesto, ninguna inclinación.

(1) Según la *Vie de Marie*, de Philippe le Chartreux, 1010 y sig.